

El ángel exterminador

El ser no es ni alto ni bajo, ni flaco ni gordo. Tiene el pelo largo, negro como el fondo del abismo; también una barba muy poblada, tanto, que apenas se intuyen retazos de su piel tostada por un millar de soles distintos. Viste un abrigo negro de piel y luce unas gafas de gruesos cristales capaces de resistir cualquier tipo de radiación, por intensa que ésta sea. Esconde la mano derecha en el interior del bolsillo correspondiente del pomposo pantalón de cuero ornamentado con flecos. La otra, libre, juguetea con una esfera plateada. La lanza y recoge, una vez tras otra. En lo alto brillan dos astros de luz rojiza situados a diferente altura. El cielo es una gigantesca alfombra ambarina sin nubes ni formaciones similares. El planeta posee atmósfera, pero las condiciones climatológicas son muy adversas: hace calor, muchísimo calor. Bajo sus pies, alrededor, en el lejano horizonte y, en definitiva, por todas partes, sólo existe arena. Un desierto de arenas azuladas cubre completamente la superficie.

El individuo sonrío. Es una risa áspera, violenta. Una mueca de forzada satisfacción, de aburrimiento crónico. Si otro ser humano, clon o ser viviente de cualquiera de las razas aliadas contemplase aquellos dientes picudos, afilados, bordeando los labios agrietados por la alta temperatura, de seguro se estremecería al instante. Pero allí no hay nadie más. Sólo está él. El décimo en su especie. El más odiado y temido de los seres que pueblan el Universo. Incluso las Confederaciones Limítrofes le tienen miedo. Ha existido desde tiempos inmemoriales, cuando el ser humano vivía enclaustrado en un solo planeta. Algunos lo llamaron Dios, otros quisieron otorgarle matices más concretos, conociéndole simplemente por Muerte. Nadie sabe en realidad quién o qué es. Vaga por las estrellas desde el principio de los tiempos. Las leyendas afirman que es anterior a la creación del Universo, al espacio y al tiempo, precursor de la nada metafórica que dio lugar a lo demás. Él es Él. Pocos lo han visto, y nunca se ha recogido testimonio visual, oral o escrito de su existencia.

Es viento, polvo de estrellas, susurros en la oscuridad. Y es, sobre todo, destrucción.

Los viejos pueblos de los Planetas Remotos afirman que es un igualador, un ente enviado para preservar el equilibrio de la vida. Él es quien decide la evolución y predominio de una especie sobre otra. Los habitantes de estos pueblos, considerados por el resto de los afiliados a la Confederación Galáctica como descendientes directos de los antiguos terrícolas, creen que este ser fue, entre otras cosas, el encargado de acabar con los dinosaurios. Por ejemplo. También se cree, más recientemente, que ha exterminado la vida en numerosos planetas. Es el caso de Iti-Tau. El planeta, considerado enano, albergaba una amplísima colección de especies animales y vegetales; fauna y flora que, de la noche a la mañana, desapareció sin dejar rastro. En su lugar quedó un desierto de arena azul. Este desastre, como tantos otros, se atribuyó —después de varios análisis— a una circunstancia de viabilidad imposible, es decir, a Él.

El ser del abrigo negro detiene su jugueteo y mira la esfera. La ha utilizado tantas y tantas veces, que ya no le sorprende su capacidad destructiva; sin embargo, cada vez que termina un trabajo, no puede evitar sonreír de satisfacción. Esta vez no es una excepción. Sin moverse del sitio, observa una última vez su obra. A escasos centímetros de su posición aprecia el saliente picudo de lo que horas antes era la torre de una hermosa catedral. El Arte, por supuesto, no le interesa lo más mínimo. En su conciencia sólo concibe la belleza en el caos, en la desolación. Por algo es un Exterminador. Ése es en realidad su verdadero nombre.

Sin borrar la violenta sonrisa de sus labios, se gira y da varios pasos hacia el interior del desierto. Segundos después, su presencia es apenas un vago recuerdo sepultado entre la efímera memoria de las cápsulas de arena sintética.